



# EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11885

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 18 DE ABRIL DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## BUENA CAMPAÑA!

Inmejorable es la que viene haciendo nuestro colega «El Imparcial» en beneficio de las poblaciones agrícolas. Si el gobierno la hiciera suya y el Parlamento la trajera en leyes, votando al par los créditos necesarios para convertir los proyectos en obras, toda España quedaría sembrada de pantanos y cruzada de canales de riego.

El enunciado de mejora tan radical y completísima, parece un cuento de las mil y una noches, una fábula, una quimera; sin embargo, es cosa realizable y se realizaría si dedicando á la política no más que el tiempo justo que se le debe dedicar, se empleara el resto en cosas de importancia encomendadas á asegurar el porvenir y el engrandecimiento de la nación.

En cuatrocientos millones de pesetas calcula el colega madrileño el total importe de las obras de riego proyectadas, suma importante ante la cual retrocederán asustados seguramente nuestros economistas. Y, en verdad, no hay motivo para tanto temor, porque había de pagarse en numerosos plazos correspondientes á otros tantos presupuestos.

Desde luego representa un gran sacrificio ese gasto de cuatrocientos millones de pesetas; pero la renta que podría obtener el Tesoro representa el interés de un capital muchísimo mayor.

Por defender la integridad del territorio, primero esperanzados en que permanecería sin detrimento alguno y convencidos luego de que perderíamos Cuba, hemos sacrificado por patriotismo ó amor propio dos mil millones de pesetas á sabiendas de que ese sacrificio nada resolvería porque no nos llevaría á nada práctico. Proclamando

á ca la momento nuestra pobreza, hemos visto con indiferencia casi sublime esa sangría copiosa de dinero que la patria ha sufrido, sin que el labio diese paso á la queja, ni el corazón se estremeciera ante el anuncio de probable ruina. La catástrofe vino pero la ruina no. Con más ó menos trabajo y más ó menos sacrificios, aun podemos vivir esperanzados en que la nación se engrandezca y recobre su rango; pero no será con paliativos con lo que se cure la enfermedad de España, sino con remedios heroicos tales como el conjunto de obras hidráulicas que «El Imparcial» defiende y el país aplaude.

Con cuatrocientos millones de pesetas sabiamente gastadas se arabarían las malas cosechas por causa de riego insuficiente; la sequía que tanto intranquiliza á los labradores no les quitaría el sueño y España cuadruplicaría su riqueza, cuadruplicando el Tesoro sus ingresos.

Ni los cuatrocientos millones de pesetas se necesitan para alcanzar un feliz resultado. Efectivamente; á medida que fueran realizándose las obras y se convirtieran en terrenos de riego los secanos, contaría el Tesoro con mejores recursos que podrían aplicarse á la prosecución de los trabajos.

La campaña de «El Imparcial» es buena y útil. Llevada á la práctica aun quedarían para España días felices.

Solo le falta una cosa. Un Colbert que se encargue de ejecutarla; pero por mucho que miramos no le vemos.

## LOS RATONES HONRADOS

Un ratón de mucho peso convocó entre los ratones importantes, un congreso para hacer las particiones de un gran pedazo de queso, que en prueba de estimación

para los pobres dejaba, á su muerte, otro ratón que, según dicen, estaba en muy buena posición.

En su última voluntad dispuso el ratón difunto, con toda solemnidad, que obraran en el asunto con la mayor libertad, y que tan solo oxolua de hacer las reparticiones á aquellos que se sabía que hubieran sido ladrones ó lo fueran todavía.

No hubo una elección jamás tan rebujada como aquella, que á todas las dejó atrás, y al fin triunfaron en ella los que eran dueños de más.

La sesión preparatoria de aquel flamante congreso se consagró á la memoria del gran donante del queso, digno de alabanza y gloria.

Y se hicieron á la vez las protestas más ardientes de probidad y honradez los diputados presentes, que eran unos ciento diez.

Ato continuo acordaron, para proceder con tino, ir por el queso, y mandaron cubrir de tropa el camino por el cual lo trasladaron.

A la segunda sesión asistieron cien ratones, y empezó la discusión de varias proposiciones sobre la repartición.

A la del siguiente día sólo noventa asistieron, y en el salón se decía que los demás no acudieron por el mal tiempo que hacía.

Se abrió la sesión siguiente, y observó la presidencia que iba paulatinamente mermando la concurrencia de un modo muy sorprendente.

Por eso las discusiones más ardientes se enfriaron, y hubo tantas... defunciones, que al fin tan sólo quedaron dos docenas de ratones,

que, por saber el proceso de la terrible epidemia que acabó con el congreso, pidieron á una academia un informe sobre el queso

Después de haberlo estudiado, la academia contestó: «El queso está envenenado, y todo el que de él comió con la vida lo ha pagado.» Si hubiera también venenos para los que hacen millones con los caudales ajenos, caerían como ratones. J. M. N.



Magallanes.

17 de Abril

Como Colón, Hernando de Magallanes, por no haberse atendido en su patria, vino á España en busca de protección para sus proyectos, y en ella la obtuvo.



este era inmensamente más grandioso que lo adivinado por la de aquel.

También, como el descubridor de las Américas, el ilustre cosmógrafo y marino portugués sufrió innumerables tormentos en su viaje de exploración, acaso aun mayores que los sufridos por Colón, porque á los disgustos que le proporcionaba el descontento de su gente, hubo de unir los originados por la pérdida de dos barcos, uno que se hundió en el fondo de los mares y otro que desertó, y, por último, los debidos al hambre y á las enfermedades, que le arrebataron veinte hombres y le postraron en cama otros tantos; más no pararon ahí sus desdichas, pues cual si sobre su viaje hubiera caído maldición divina, cinco meses y diez y siete días después de haber descubierto el estrecho

que lleva su nombre, ó sea el 17 de Abril de 1521, pereció luchando con los salvajes de la isla Mactau (Filipinas), por lo que se vió privado de los plácemes y beneficios á que era acreedor, y acaso también para no diferenciarse de otros ilustres descubridores y conquistadores, de probar, las amarguras que en el corazón producen las ingratitudes.

Nació Magallanes por el año 1470 en Figueira da Foz (Portugal) de noble familia, y como hijo de noble se educó al lado de la reina doña Leonor, esposa de D. Juan II.

Cuando contaba la edad de veinte años, siguiendo los impulsos de su intrépido corazón y de su afición á las aventuras, marchó á las Indias en clase de soldado, y en ellas, ayudado por los estudios geográficos que había hecho antes de embarcarse y por los conocimientos que adquirió en su trato con el explorador de las Molucas, Francisco Serrao, concibió el proyecto que había de inmortalizar su nombre, el descubrimiento de un camino más corto que el conocido haría entonces para ir á las islas de la Especiería.

A su regreso á Portugal, expuso á don Manuel su proyecto y le pidió protección para llevarlo á cabo; más como le despreciara y le hiciera objeto de mortificantes desatenciones, abandonó á Portugal y en el mes de Marzo de 1518 fue presentado al emperador Carlos V en Valladolid, de quien obtuvo protección y ayuda para su proyecto, por cuyo motivo pudo hacerse á la vela mandando una escuadrilla de cinco navíos, perfectamente tripulados y pertrechados de víveres.

La expedición no pudo ser más accidentada y penosa.

Magallanes luchó contra los elementos, contra los tripulantes que pedían el regreso á España, y, por último, contra el hambre y las enfermedades, más su pericia, sangre fría y valor le hicieron vencer á todos esos enemigos, y el 1.º de Noviembre de 1520 descubrió el estrecho que lleva su nombre, y que él llamó de «Todos los Santos», y el 6 de Marzo del año siguiente, el archipiélago de los Ladrones, desde el que se trasladó á las islas de San Lázaro, hoy Filipinas, en una de las cuales, como dejamos dicho, pereció luchando con los indígenas Hernando de Acovedo. (Prohibida la reproducción.)

Se abrieron los tapices de una puerta, y apareció María Luisa Gabriela de Saboya. Aquella reina niña, altiva, mártir de Felipe V y de la princesa de los Ursinos.

IV

Al verla, Ursula se levantó, adelantó rápidamente y se arrojó á sus pies.

—¿Qué es esto? dijo María Luisa, que había quedado inmóvil entre los tapices de la puerta, mirando con sorpresa, con una indignación muda, á una mujer hermosísima sentada á la par del rey.

Felipe V se había levantado también, y estaba confuso y aturrido.

—Protegedme, señora, protegedme, dijo Ursula: habiendo logrado veros, nada temo ya.

—Alza, alza y explícate, dijo la reina, que permanecía inmóvil.

Ursula se levantó y dió á la reina los papeles que había presentado antes al rey, y que el rey le había devuelto.

—¿Sois vos, dijo María Luisa de Gabriela, la persona á quien estos documentos se refieren?

—Yo soy, señora.

—¿Lo sabe el rey?

—Es necesario que os retiréis. —¡Ah, no! no he llegado hasta aquí para perder mis ventajas: ¿os negais á llevarme á la cámara de la reina? Pues bien, señor, permaneceré aquí: no habrá medio de sacarme de aquí sino con escándalo.

—Sois terrible. —Me defendo como puedo, señor. —Pero en fin, ¿qué queréis? —Que me permitais probar que soy hija de Carlos II, reconocida por él, recomendada á él por vos, y que obréis respecto á mí según es aconsejado vuestro honor y vuestra conciencia.

III

En aquel momento el rey se puso violentamente de pie.

—Es necesario que salgais al momento de aquí, dijo á Ursula.

—¿Y por qué? contestó esta tranquilamente y sin levantarse.

—Mi cuarto está en comunicación con el de la reina: la siento acercarse; ya no es tiempo, permaneced sentada.

El rey se sentó pálido y contrariado.

—Bien, bien, no habeis de presentaros así; tiempo hay.

—Y vos, señor, queréis ganar tiempo...

—Perdonad, pero eso es dudar de mi buena fé, doña Esperanza.

—No dudó de vuestra buena fé, señor, pero tanto la influencia de la princesa.

—La princesa es mi mas fiel servidora, y la suponeis intenciones que no tiene: no la conocéis.

—Vos la amais, señor, y ella os seduce.

—¡Eh, eh! ¿que la amo yo? exclamó Felipe V: ¿estais segura de ello?

—Lo he oido de vuestra propia boca, escondida detrás de vuestro lecho.

—¡Oh! exclamó el rey, que empezaba á aturdirse.

—He comprendido la situación, continuó Ursula: la princesa os disputa sus marchitos encantos que ha prodigado á tantos otros, y os sujeta en su coquetería francesa, en su astucia italiana; esa alta aventurera es uno serpiente que se ha apoderado, no á vuestros pies, sino á los pies de la reina.

—¡Oh! ¡oh! esto es muy grave, exclamó el rey.

—En efecto, es gravísimo, continuó Ursula: tan grave que puede costaros la corona.

—Permitidme, prima, os suplique que no hablemos de esto; estoy cansado de política.